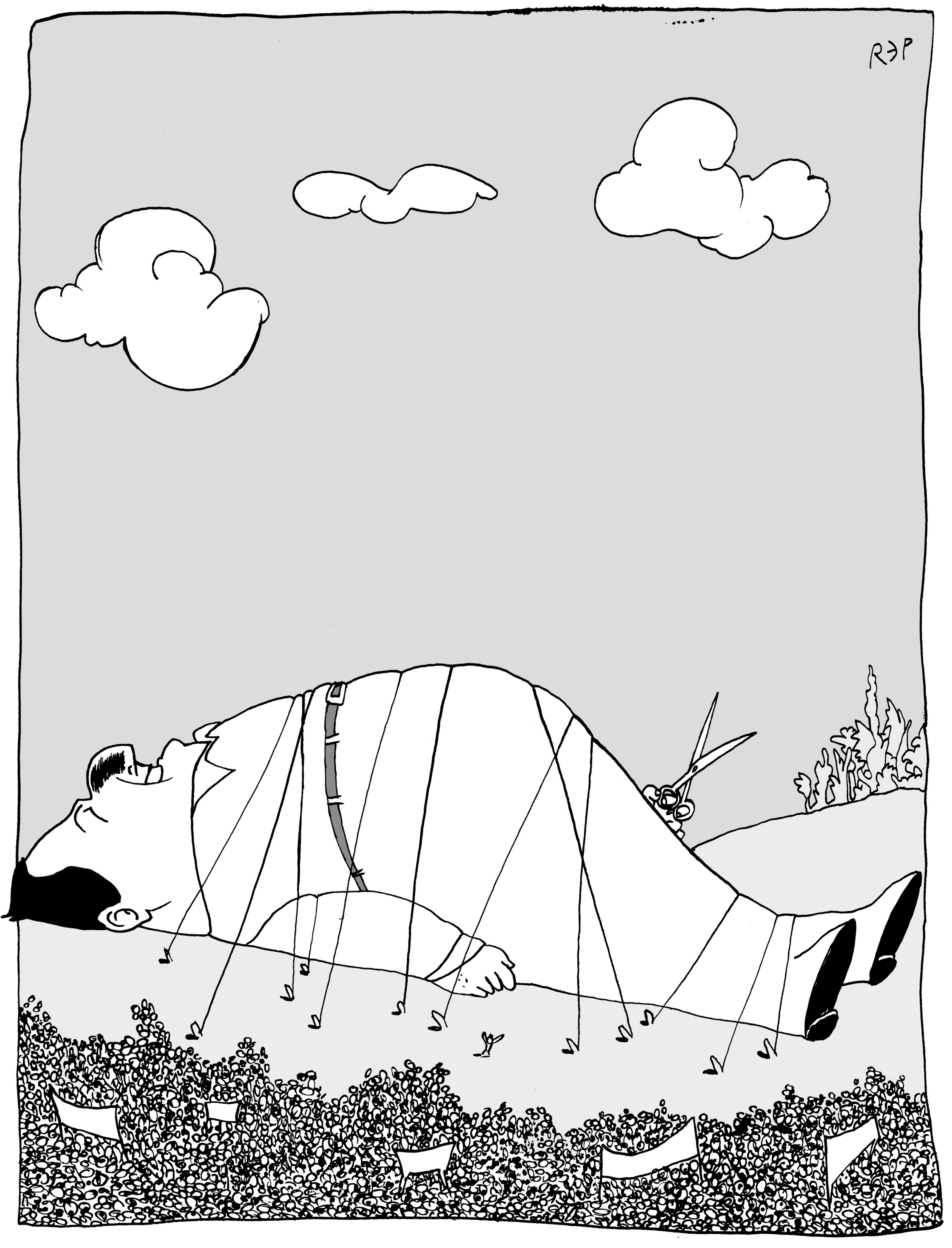
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

54 **Las "genialidades" del Viejo**



Suplemento especial de
Página|12

LAS DOS MINAS DEL GENERAL CARCAGNO

A Perón, los veteranos le decían "el general". Pero los muchachos de la JP –afectuosamente– le decían "el Viejo". El Viejo era sabio. El Viejo se las sabía todas. Había una cierta fascinación con ese "viejo" que a la distancia manejaba el caos inherente al justicialismo. Perón asume esa condición de genio de la política. Su "ajedrez madrileño" tiene ese talante. Es el hombre que, desde la lejanía, desde el otro lado del océano, maneja todos los hilos. Hay dos chistes memorables. Llevo años diciendo que los chistes añaden conocimiento, que revelan más que algunos hechos el sabor, el colorido, la intransferible atmósfera de una época histórica. Cuando Perón colisiona con la conducción de Montoneros, cuando, luego de Ezeiza, cuestiona a la ex "juventud maravillosa", aparecen dos chistes que surgen de la militancia de superficie o tal vez de esa usina crítica poderosa que era la revista *Militancia,* que dirigían Ortega Peña y Duhalde. Uno de ellos decía que Firmenich y Quieto estaban siendo ahorcados por una gavilla de fachos. Y que Firmenich, sereno, confiado, le decía a Quieto: "No te preocupes. Debe ser otra genialidad del Viejo". El otro es más divertido. Quieto y Firmenich están bajo tierra, enterrados en sus tumbas. Viene Perón, se abre la bragueta y mea feliz sobre ellas. Luego se aleja. Se escucha, entonces, la voz de Firmenich: "Che, Quieto". "¿Qué?" "¿No te dije que el Viejo no nos iba a cagar?"

Los chistes intentaban decir que Perón manejaba todo a su antojo. Que los Montoneros eran unos tarados que le creían hasta el fin, hasta muertos y enterrados se admiraban de que sólo los meara. Sólo eso, porque cagarlos, nunca. Sin embargo, todo estaba muy lejos de ser así. Perón, es cierto, los quería cagar y era evidente que hacía todo para hacerlo. Pero los Montoneros ya no le creían. Le matan a Rucci y le arruinan el Pacto Social. Lo que Perón quería hacer con los Montoneros los Montoneros lo querían hacer con Perón. Sería ingenuo creer que los Montoneros tenían esa fe extrema en él. Un chiste es un chiste. Y los que conté provenían seguramente de la izquierda erpiana, que reprochaba a los "nacionalistas burgueses" montoneros su fe en Perón. Así, cuando la Tendencia hace con el Ejército, por medio del general Carcagno, adicto a la orga, el *Operativo Dorrego*, aparece en *Militancia* el que acaso sea el mejor de los chistes de Tendencio, un personaje con el que en la revista de Ortega Peña y Duhalde se reían de la Jotapé y sus planes con Perón. Se ve a Tendencio (que era sólo una línea sólidamente trazada que daba la imagen de un hombrecito tonto, terriblemente cándido) atado a un árbol. Frente a él, tres tiradores. Junto a los tres tiradores, un coronel con un sable dispuesto a dar la orden de fusilamiento. Tendencio pregunta: "Entonces, general, ¿así termina el 'Operativo Dorrego'?" No sería apropiado olvidar que el segundo de Carcagno en la cuestión era nada menos que el que sería ministro del Interior de Videla, el sarcástico, el cínico y sanguinario Albano Harguindeguy. Carcagno –este dato disfrútenlo porque es una de las cosas increíbles de la época– le había otorgado un reportaje a *El Descamisado.* Los del *Desca* lo titularon con una frase que, presumimos, se le habrá escapado al general en un arranque de sinceridad demencial: "Se acabó la época en que los yankis nos metían dos minas en la cama para comprarnos". El Ejército seguramente se habrá incomodado: la frase no era expresión de eso que se llama una virtud sanmartiniana. Tal vez, del modo en que vienen las cosas y los sorprendentes descubrimientos, se encuentre alguna frase de San Martín parecida. Por qué no. Por ejemplo: "Se acabaron los tiempos en que los españoles nos metían dos gallegas en la cama para que no cruzáramos Los Andes". Pero se aclararía que San Martín siempre rechazó a esas dos gallegas y por eso es el Padre de la Patria. Los generales argentinos, en cambio, aceptaban a las dos rubias yankis y así fue como entregaron el país. Eso es lo que parecía decir (o, en rigor, decía) Carcagno. Ese día, en algún lugar del generalato, se habrá decidido el fin de su carrera. La maniobra de los Montoneros para comprometerlo con ellos había sido un poco extrema. El pobre Carcagno, al leer su frase, se habrá aterrorizado. Probablemente pensó en los costos de meterse con esos guerrilleros imprudentes y malhablados. Porque –es el momento de anotar esto– los Montos se jactaban de sus malas palabras. El grito de guerra: "¡Montoneros, carajo!" ya era fuerte y pegaba. Pero lo trágico y patético y a la vez inevitablemente divertido ocurre durante el '73. Se rumoreaba que Perón andaba mal de salud, algo que era *mucho más* que cierto. *El Desca* saca una tapa memorable. Decía así:

> Siempre fue de gorilas hablar de la salud del general,
> pero compañeros...
> ¡*Qué cagaso*!

Glorioso momento del periodismo argentino. Esa "horrible" palabra jamás había aparecido en la tapa de una revista. Y, para colmo, mal escrita. Recuerdo, por ejemplo, a Miguel Brascó haciéndose un banquete en una radio, analizando las diferencias entre "Cagaso" y "Cagazo". Trágico era asimismo que la mayoría de los afilados analistas no podían lucirse demasiado porque les era imposible decir por radio la palabra "cagazo". No eran los tiempos del fascismo guarango de hoy o de las minas liberadas que putean a diestra y siniestra. No se decían esas cosas. Pero los Montos eran –además de todo– "niños terribles" y otra de sus modalidades subversivas era apelar a las palabras negadas por el "buen gusto" de la burguesía. Hoy, eso no asusta a nadie. Hasta se escriben largos y acaso pretenciosos ensayos apelando a las malas palabras. Este, por ejemplo. Pero, cómo no. Es parte de la materia tratada la habitualidad carajeadora. (Escribimos sobre el peronismo, carajo.) Lo que llevó a lo sublime la tapa del *Desca* fue el error de ortografía. No faltará quien diga que fue deliberado. Si lo fue, la idea rozó lo genial: nadie, durante un tiempo, habló de otra cosa. Y, según vemos, todavía hablamos de ella. Había gente con talento en la orga. ¿A quién se le habrá ocurrido si el error fue deliberado? Hay genios para elegir. Walsh, Urondo, Gelman y, desde luego, Oesterheld, nada menos que él. Que ya tenía casi lista *La guerra de los antartes*. Nos ocuparemos adecuadamente del querido viejo y su tragedia peronista, montonera, argentina. *El Eternauta II* es un texto imprescindible para analizar el peronismo revolucionario de los '70. Expresado, ahí, por un creador, por un escritor genial. Vayamos desde ya rogando a las musas que nos otorguen el don de estar a la altura de esa historieta trágica, extraviada, sólo comparable –en su demencia creativa– a los más altos momentos del Nietzsche de *La voluntad de poder*.

ARAMBURU-LANUSSE-PERÓN: LA BÚSQUEDA DEL GRAN ACUERDO NACIONAL

Falta para eso. Como sea, los chistes también revelan la fe que se tenía en el Perón madrileño. El Perón de la lejanía. Ese Perón era imbatible. Su palabra era Ley. Todos necesitaban ser validados por él, el Padre Eterno. Esto alimentó una trágica megalomanía en Perón. Supongo que debe ser bastante inevitable, si se es Perón, creérsela. También, si se es Perón, si se es, como pretendía serlo, un viejo sabio, esa sabiduría debiera prevenirlo, decirle que existen obstáculos en la realidad, que no todo se somete a los arbitrios de un líder por más respaldo popular que tenga. Ese general sabio, ese político genial, que todo podía contenerlo, controlarlo y totalizarlo, se veía muy favorecido por estar fuera del sistema político argentino, fuera de la escena. *Todo se unificaba en Perón.* (*Nota*: Esto es lo que Ernesto Laclau llama *significante vacío*, pero yo le tengo cierta aversión a la semiología y no me cae bien Lacan, o no me cae tan bien como a Laclau. Digamos que me pasa de costado. De modo que me manejo con otras categorías. De las que Laclau, por suerte, no deja de hacer uso: recurre bastante a Spinoza, Hegel y Marx en el parágrafo "La dialéctica de la universalidad", por ejemplo. El que quiera adueñarse bien del concepto de significante vacío, que no es complejo, puede consultar *Emancipación y diferencia*, p. 101 de la edición de Ariel. Postula que la "exterioridad" de Perón le permitía asumir el momento de la "universalidad" del que el movimiento carecía por su dispersión organizativa e ideológica. Escribe: "En tales circunstancias, él estaba en las condiciones ideales para pasar a ser un 'significante vacío' que encarnara el momento de la universalidad en la cadena de equivalencias que unificaba el campo popular". Esto se quiebra dramáticamente cuando Perón regresa: "Perón ya no era un significante vacío sino el presidente del país, y tenía que llevar a cabo políticas concretas. Pero las cadenas de equivalencias construidas por las distintas facciones de su movimiento habían ido más allá de toda posibilidad de control –incluso por parte de Perón–. El resultado fue un sangriento proceso que condujo a la dictadura militar de 1976" (Laclau, *Ibid*., p. 102). En mi ya lejano libro *Ignotos y famosos*, de 1994, en los trabajos "La invención de Perón", "La realidad de la razón" y "La muerte mítica de Perón" abordo estas cuestiones. De todos modos, en este ensayo volveré a ocuparme de ellas y espero que aún mejor, algo que tal vez no sea demasiado difícil. (Lo digo para no se molesten en buscar ese libro, que no creo que lo merezca.) Y había una consigna que también daba una identidad a todos, la misma: *Perón vuelve*. El general creyó que las cosas podrían funcionar del mismo modo aquí. Veremos.

Hay una linealidad que nos vamos a animar a seguir. Los Montoneros le reprochan a Aramburu –y es uno de los principales motivos por los cuales lo matan– estar armando un GAN (Gran Acuerdo Nacional), nombre que le puso Lanusse al proyecto que él impulsó. Las propagandas del GAN se veían abrumadoramente en la tele y en los diarios. Eran dos jugadores de fútbol disputando una pelota. Se les notaba la alegría de jugar. La limpieza. El locutor, voz en off, decía: "Gran Acuerdo Nacional: un partido que debemos jugarlo todos". O algo muy parecido. También así se leía en los diarios o en los afiches que se pegaban en las paredes de las calles. El peronismo crea el Frente Cívico de Liberación Nacional. Tenía nombre de antibiótico: *Frecilina*. Desde ese frente se opone al GAN de Lanusse. Quienes buscan acercarse al GAN son denunciados como "integracionistas", "conciliadores", "dialoguistas". Horacio González inventa una palabra: "lanusardos". ¿Qué buscaba Lanusse? Una propuesta de *integración.* Pretendía manejarla él y el peronismo ya estaba muy fuerte como para cederle ese privilegio. Pero es importante establecer, lo más claramente posible, la diferencia entre "gorilas" e "integracionismos". Escribe Horacio González, en caliente, en pleno octubre de 1972, a un mes del primer regreso de Perón: "La herencia de la Revolución Libertadora se compone de la disputa sobre si quien conduce la lucha contra el peronismo ha de ser el gorilismo o el integracionismo. El *enfoque gorila* supone básicamente una visión del peronismo en términos de 'ilegalidad', lo que en el plano de las formas de procedimiento político se traduce en una percepción de 'guerra civil', precio indispensable para depurar y recuperar el control de todos los mecanismos del Estado que habían sufrido una radical transformación durante el poder peronista (...). El *integracionismo* resuelve condicionar la legalidad del peronismo en la misma medida que éste se muestre 'responsable' para acompañar estrategias de 'crecimiento económico' o de ampliación de la base de consenso del Estado. La 'percepción de guerra civil' no forma parte de la metodología integracionista, para la cual lo crucial es la captación de diversos 'factores' del peronismo, desintegrándolo como totalidad política, social e histórica, para poder captarlo como facción" (Horacio González, *Gorilas, integracionistas y lanusardos, reflexiones a propósito de la maldición peronista y de la revolución peronista, Envido*, Revista de Política y Ciencias Sociales, octubre de 1972, N 7, p. 35). Muerto el proyecto *gorila* se impone el *integracionista*. También el regreso de Perón (y no sólo *también* sino muy especialmente) debe leerse como el triunfo del proyecto integracionista sobre el proyecto gorila dentro de las luchas intestinas de la Libertadora.

Era el proyecto que Aramburu había explicitado a sus secuestradores. Al tercer día de su secuestro, el domingo, sale en la revista *Criterio* un reportaje en que lo aclara sin vueltas. El reportaje se había hecho antes, como es lógico, sólo es llamativo que apareciera precisamente cuando Aramburu estaba en manos de sus captores y siendo juzgado por el proyecto que ahí enunciaba. Ese proyecto –según ahora veremos– era muy similar al de Lanusse, tal como se lo dicen los Montoneros. Pero (¡y ésta es la complejidad que hay que pensar!) era también similar al que Perón, en el '73, intenta plasmar con Gelbard y Rucci. ¿Por qué Perón cambia una de las verdades peronistas en plena "etapa dogmática"? Al día siguiente de Ezeiza, en su discurso del 21 de junio, Perón inaugura la "etapa dogmática": "Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen". O sea, el que quiera cambiar la doctrina que se vaya, es un "zurdo con la camiseta peronista". No obstante, Perón (¿y quién sino él?) se da el lujo de violar la "etapa dogmática" y cambiar una de las "veinte verdades peronistas". Es la que dice: "Para un peronista no debe haber nada mejor que otro peronista". Perón dice: ahora cambiamos. Ahora decimos: "Para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino". Una consigna de *unidad nacional.* Un GAN. La "salida democrática" de Aramburu. La consigna "para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino" cae mal, horriblemente mal, en la militancia del peronismo de izquierda. Entonces, ¿para Tosco no debe haber nada mejor que Rucci? ¿Para un villero no debe haber nada mejor que el policía que lo revienta a palazos? ¿Para un militante no debe haber nada mejor que un empresario? ¿Para un torturado no debe haber nada mejor que un torturador? ¿Para un obrero no debe haber nada mejor que su patrón? La consigna del Viejo era insostenible. Eso lo sabían todos. Teóricamente, lo sabía muy bien Perón, que era un maestro de las antinomias irreductibles: patria y antipatria, pueblo y antipueblo, peronistas y antiperonistas, propios y contreras, leales y traidores, etc. Pero no le importaba: él daba órdenes. Decía a quién amar y a quién no. Ahora, de golpe, debían amarse todos. La izquierda no peronista disfrutaba la cosa: ¿cómo se hace una revolución en un país donde para cada uno de sus habitantes no debe haber nada mejor que otro? ¿Ya no hay contradicciones? ¿No más régimen y pueblo? ¿Y la lucha de clases? ¿Ya no hay lucha de clases? ¿Ya no hay patrones? ¿No hay oligarquía, empresas transnacionales, Ejército? Perón proponía el *pacto social*, que era su versión del GAN. De donde podemos deducir esto: *El regreso de Perón se debe a que las clases dominantes, el Ejército y la Iglesia advierten que el único que puede hacer el GAN es Perón.* Sin duda se decidió lo siguiente: nos tenemos que jugar la última carta, no hemos podido destruir ni controlar ni integrar al peronismo desde 1955. El Gran Acuerdo Nacional es una apuesta de Lanusse que él no está en condiciones de llevar a cabo. El único que puede hacer el GAN es Perón. Hay que negociar su regreso sobre esa base: usted vuelve, pero no para hacer la revolución socialista que piden sus muchachos, sus formaciones especiales, sus curas rebeldes. A ellos los viene a controlar. Nosotros lo respaldamos si nos hace el GAN. Sólo usted lo puede hacer. Y es lo que hay que hacer o el país cae en el abismo de la guerra civil. Su gente lo pide. El pueblo que lo sigue. Los sindicatos. La clase media no violenta. El empresariado nacional y hasta los más sensatos de nosotros. Más no podemos hacer. Sabe que usted no nos gusta ni nos va a gustar, pero alguien tiene que dar el paso. Nos equivocamos. Ya no más: vuelva. Pero vuelva para la unidad de la nación. Para el GAN.

PERÓN: "UNA SOLA CLASE DE ARGENTINOS"

De aquí que ya el 21 de junio –al día siguiente de Ezeiza– Perón diga con brutal claridad: "El Justicialismo, que no ha sido nunca ni sectario ni excluyente, llama hoy a *todos los argentinos*, sin distinción de banderías, para que todos, solidariamente, nos pongamos en la perentoria tarea de la reconstrucción nacional, sin la cual estaremos todos perdidos. Es preciso llegar así y cuanto antes a *una sola clase de argentinos*: los que luchan por la salvación de la patria" (Ver: Baschetti, *Documentos*, 1973-1976, volumen I, ed. cit., p. 106. *Las cursivas son nuestras*.) En rigor, cómo no decir esta sencilla verdad, *esa clase de argentinos* nunca faltó en el país. Siempre estuvimos colmados de "esa clase de argentinos". El coronel Varela, cuando mataba esquiladores en la Patagonia, creía luchar por "la salvación de la patria". Ramón Falcón, cuando les decía a sus cosacos que hicieran fuego sobre los anarquistas de la FORA, creía luchar por la salvación de la patria. Radowitzky, cuando le tiró una bomba, también. Wilckens, cuando le tira su bomba a Varela, también. ("Dos bombas cargadas de amor", dice un poema libertario que cita Bayer en *La Patagonia rebelde.*) Uriburu, cuando lo tira a Yrigoyen, lo hace por la salvación de la patria. Justo, cuando lo aparta a Uriburu, lo mismo. Los que torturaban en la ESMA lo hacían por la salvación de la patria. Los que matan a Rucci ni qué hablar. Los que derrocan al primer Perón, por la salvación de la patria. Los que ultrajan y esconden el cadáver de Eva, por el mismo motivo. Valle se levanta contra Aramburu por la salvación de la patria. Aramburu lo fusila por el mismo motivo. Aquí, *nadie hizo nada sino por la salvación de la patria*. Si es por eso, no hay pueblo más unido que el argentino. La frase de Perón era otra vez la vieja frase de la unión nacional de todos, de todos los que nunca se han unido ni pueden ni podrán unirse porque viven bajo un sistema que postula la necesaria desigualdad entre los hombres. Y no sólo la postula sino que la aplica. Funciona así: des-igualando a los hombres. Perón ni siquiera recurría a la unidad de todos aquellos "objetivamente enfrentados al imperialismo", que fue siempre la consigna de la "causa nacional" que logra unir a las burguesías nativas con sus clases pobres en los países periféricos. No: Perón pide la unidad imposible. La unidad del congelamiento. La que beneficia a los dueños del poder. Y eso lo descubría cualquiera. Más aún la izquierda peronista y sus críticos erpianos, que bien podían disfrutar de este Perón burgués, amigo del régimen, que venía a dar la mano que se le pedía. Una mano para la estabilidad burguesa, para la integración, para frenar la violencia, para establecer en lo posible una incipiente democracia luego de tantos años de luchas sin frutos, o con frutos muy amargos. Aún vendrían peores.

Hay, así, una *continuidad*. Aramburu-Lanusse-Perón. Unir a los argentinos. El que lo va a hacer es Videla, asesinando a todos los que están contra él. Así sí: esa unión es posible. La unión de los cementerios, del terror. Videla supo cómo solucionar esa cuestión. Los que estaban contra él, morían. Los que no, vivían y aceptaban. Muertos y cómplices: he aquí la fórmula para la *unión de los argentinos.* La otra es la de la democracia y su respeto por el "diferente". Una democracia sin justicia social *no es la "unidad de los argentinos"*. Una democracia con justicia social no existe. Es una utopía. Sería el socialismo. Pero ni eso. El socialismo buscó imponer la unidad desde el Estado y desde el Partido. No funcionó. El único ente libre termina siendo el Estado, en manos de la burocracia y todo sometido a la persona del dictador, al cual, para colmo, se le rendirá culto.

Pero nadie buscaba tanto. El Pacto Social de Perón habría instrumentado un Estado distribucionista, una fuerza sindical poderosa, habría custodiado los intereses de los grandes capitales (aunque fijándoles topes en las superganancias y obligándolos a la reinversión y al distribucionismo), habría negociado con los dueños de la tierra, alentado entusiastamente el desarrollo de la pequeña y mediana industria y habría protegido, dentro de la larga tradición del movimiento, a los trabajadores. De traje blanco, en la cabecera de una larga mesa, aún lo recuerdo a Perón reunido con empresarios y diciéndoles: "En nuestro país no puede haber sumergidos. Eso no lo podemos tolerar". Era 1973. El evento se televisó.

Volvamos a Aramburu. El fusilador del ayer proponía la armonía de los argentinos en 1970. Es el domingo 31 de mayo de ese año y, posiblemente, los Montoneros, en Timote, hayan leído las declaraciones que Aramburu hiciera a la revista católica *Esquiú*. Ese día empezaba también el campeonato mundial de fútbol en Perú, para el que Argentina, en 1969, no había conseguido clasificarse. El DT de Onganía era Adolfo Pedernera, no Menotti. Aunque nadie veía a Pedernera como DT de Onganía ni pensaba que un triunfo argentino podía favorecer a la dictadura, que no era tan espantosa como para merecer tanta pena. Que uno deseara que la selección nacional perdiera, digo. Habría venido bien jugar esa copa, que fue la última que jugó Pelé y en la que hizo maravillas inigualadas. Habría sido lindo verlo atajar a Cejas, que estaba en su mejor momento. Pelé se lo llevó al Santos y estuvo ahí 5 años. El primer partido del Mundial del '70 lo jugaron México y la Unión Soviética. ¿Lo habrán visto los Montoneros en Timote mientras decidían cómo matar a Aramburu? Difícil saberlo. Más probable es que hayan leído el reportaje de *Esquiú*. "La violencia es el resultante de un mal social", decía Aramburu. "El pueblo no es escuchado ni participa del gobierno. Los actuales gobernantes le han asignado un papel totalmente pasivo, de simple espectador. *Este estado de cosas debe por fuerza generar violencia* (...). Y esto no se resuelve con leyes represivas, sino gobernando en comunión con el pueblo" (Cfr.: Felipe Pigna, *Lo pasado pensado, entrevistas con la historia argentina (1955-1983)*, Planeta, Buenos Aires, 2008, p. 172. Pigna es un excelente entrevistador. Deja hablar al entrevistado, casi no repregunta y el material que queda es un testimonio desnudo en el que, ante la pasividad del entrevistador, el entrevistado se entrega más de lo que pensaba y termina por decir cosas que acaso, con un entrevistador más "estrella", de esos que sobran, de los que se mueren si no meten un bocadillo a cada rato, no habría dicho. Habrá que defender a Pigna de sus muchos atacantes, cuyas posturas políticas no tienen el riesgo de las suyas, y que no saben llegar a los lectores del modo directo y honestamente ilustrativo con que él lo hace.) ¿Y ahora qué dirán los que claman que los Montoneros, el 29 de mayo de 1970, iniciaron la violencia en la Argentina? No, señores. Escuchen hablar a la mismísima víctima de esa jornada. Es el propio Aramburu el que les dice: "Este estado de cosas debe por fuerza generar violencia". Les habría dicho, de poder hacerlo: "Aquí lo ven. Mi muerte es la prueba de lo que digo. Si el pueblo no es escuchado, si no participa del gobierno, si es pasivo, si sólo se lo reprime en lugar de comprenderlo, la violencia surge inevitable". Sigue el reportaje de *Esquiú*: "Lo que hace falta es destruir una estructura social injusta y obsoleta y reemplazarla por una estructura social construida sobre bases justas y equitativas" (Pigna, *Ibid*., p. 172). Hablaba como un peronista: "Una estructura social construida sobre bases justas y equitativas" es una frase peronista. Aramburu se les había extraviado. Estaba, para sí mismo, en un lugar excesivamente peligroso. A la izquierda del régimen gorila que él inauguró y a la derecha de los jóvenes rebeldes que su régimen gorila engendró. Pareciera alguien que selló su propia suerte. Ya no les hablaba a los gorilas con el lenguaje de Aramburu, sino con el de Perón. Y les hablaba a los Montoneros con el lenguaje de Perón, pero era Aramburu. En los dos lados *era el hombre inadecuado en el momento inadecuado*. Esto selló su tragedia. Sólo dejemos que diga algo más: "Los disturbios sociales se desencadenan por enfoques políticos desacertados. El gobierno no escucha al pueblo". ¡Esto, a un año del Cordobazo! Hablaba acerca de los disturbios sociales, no del Día del Ejército. Vestía siempre de civil, claro. Algo más: "Hay que buscar la salida democrática que devuelva el gobierno al pueblo. El poder debe descansar en la soberanía popular" (Pigna, *Ibid*., p. 172). Decir esta última frase y decir "hay que llamar a elecciones democráticas, con el peronismo y con Perón si es necesario" era lo mismo. Aramburu buscaba el Gran Acuerdo Nacional. *Lo inventó él*. Se le adelantó a Lanusse. Porque Levingston no hizo nada en ese sentido. Lo llamó a Aldo Ferrer y desató una campaña de tintes nacionalistas contra "los monopolios". Tapa de *Panorama*: "Monopolios, ¿quién tira la primera piedra?". De pronto, todo el país hablaba de los monopolios. Nadie se lo tomó en serio. Lo tiraron de un bofetón, de una cachetada desdeñosa. "¿Para qué te pusimos ahí, monigote? ¿Para que la jugués de milico nacionalista que viene a salvar la soberanía de la patria?" Asume Lanusse y larga su GAN. *Pero le pasa lo mismo que a Aramburu*. Perón dice: "No me vengan con la 'soberanía popular' ni con el 'Gran Acuerdo Nacional' ustedes que hace 15 años que pisotean eso. Se acordaron tarde. El único que puede hacerlo soy yo. ¿Quién fue la víctima del arrasamiento de la soberanía popular? Yo. ¿A quién quiere incorporar ese Gran Acuerdo Nacional? A mí. Bueno, no se molesten. Esas tareas me corresponden. Soy yo el que debe protagonizarlas y desmantelar la Argentina gorila y excluyente que ustedes crearon". ¿Qué podía decir Lanusse? Que sí, como lo hizo. Pero con una condición: "Usted, Perón, viene, de acuerdo. Viene y hace en la Argentina lo que hay que hacer". Lo que había que hacer (para Lanusse como para Aramburu) era el GAN. Una Argentina occidental, capitalista, con su movimiento de masas incluido en la democracia, en el sistema de partidos. Que Perón negoció este retorno es indudable, totalmente lógico. Si no, el general Sánchez de Bustamante, que comandaba el Primer Cuerpo de Ejército, no les habría dicho a sus subordinados de elite lo que les dijo pocos días antes de las elecciones del 11 de marzo.

GENERAL SANCHEZ DE BUSTAMANTE: LA "AGRESIVIDAD MARXISTA" DEL PERONISMO

Primero analiza la estructura militar. La disciplina es el valor prioritario. La instrucción debe ser intensiva, poderosa. Debe crear "el hábito de la obediencia mecánica". Este es el "hábito" que más valora este militar de 1973, representante unívoco de la esencial formación antidemocrática y antihumanista de las Fuerzas Armadas. El "hábito de la obediencia mecánica" es lo que debe constituir esencialmente a un soldado. La disciplina y la instrucción existen para lograr esa clase de hombres: los de la "obediencia mecánica". Pero no nos desviemos. No es nuestro tema. Sánchez de Bustamante va a hablar del peronismo. Acepta que regrese. Pero no aceptará que se retorne "al pasado". ¿Qué significa esto? "Cuando hablamos de un no retorno al pasado nos estamos refiriendo al peronismo, al peronismo como régimen, al peronismo como expresión política de la arbitrariedad en el ejercicio del gobierno" (J. P. F., *El peronismo y las fuerzas armadas,* Revista *Envido*, N 9, Buenos Aires, ps. 23/24). ¿Cómo lo quiere al peronismo este general de altísima, inestimable importancia en el esquema militar de poder en 1973 y que habrá, luego, de decidir, entre tantas otras cosas, la expulsión de Osvaldo Bayer del país con el golpe del '76? A lo que dijo ese día Sánchez de Bustamante nadie le dio importancia. Seguramente el ERP o los Montoneros daban alguna conferencia de prensa y todos creían que la historia (la historia del Poder en la Argentina) transitaba por esos rumbos. No: era Sánchez de Bustamante el que estaba expresando eso que sería posible y eso que no, eso que de ningún modo lo sería. Sigamos. El comandante del Primer Cuerpo quiere un peronismo que actúe "como partido justicialista sujeto a las reglas del juego que están expresadas en el estatuto de los partidos políticos". Pero... *no cree que sea posible*. No fácilmente, al menos. Sánchez de Bustamante señala el motivo diabólico, inintegrable,

con que se presenta ahora el peronismo: "Se presenta con un ingrediente de nítida fisonomía marxista y de una tremenda agresividad, que llama a preocupación a los hombres de armas y a los hombres de orden, y también a los hombres de orden que hay dentro de sus propias filas". Esta era la contundente, la latente y macabra preocupación –que podría transformase en ira en cualquier momento– que el poderoso Ejército Argentino de entonces (¡tan mal valorado por la militancia revolucionaria, heredera del voluntarismo del Che!) cobijaba acerca del peronismo. "*Un ingrediente de nítida fisonomía marxista y de una tremenda agresividad*." La izquierda peronista –acusada de reformista y burguesa por el ERP– era irrefutablemente marxista para el comandante del Primer Cuerpo. *Eso*, jamás lo aceptarían. Sánchez de Bustamante dice entonces que la única garantía frente a *eso* es "que las FF.AA. se comprometan consigo mismas a hacer que determinados valores y determinadas pautas continúen rigiendo en el país, *más allá de la transferencia del poder*" (J. P. F., *Ibid*., p. 24). La guerra, su hipótesis central de conflicto, quedaba perfectamente dibujada: si la agresiva *fisonomía marxista* del peronismo, por medio de su *tremenda agresividad*, atacaba los valores y las pautas que regían el país, las FF. AA. habrían de intervenir. Trasferencia o no del Poder. *Porque el poder no se transfería.* Sánchez de Bustamante, con sinceridad inequívoca, supo decirlo: "Frente al slogan de 'Cámpora al Gobierno, Perón al Poder', yo le antepongo este: 'Cámpora al Gobierno, el Ejército al Poder'" (J. P. F., *Ibid,* p. 24). El texto se publicó en *Nueva Plana* y yo lo incluí en mi trabajo sobre las FF.AA. de mayo de 1973. Ahí está todo. Dentro de ese encuadre viene Perón. Vamos a decirlo de una vez por todas: *Perón no regresa para hacer la patria socialista, ni siquiera regresa para hacer la patria peronista*. Regresa para hacer el Gran Acuerdo Nacional con toques de la genuina sensibilidad popular que define al movimiento. Gran Acuerdo Nacional más Estado de Bienestar keynesiano. Pero sobre todo, general Perón, usted regresa para conjurar el demonio que ha desatado, que ha alimentado, al que le ha puesto el nombre sonoro y algo pomposo de *Formaciones especiales.* A usted lo aceptamos. A usted con sus marxistas, no. Es más: lo aceptamos porque acaso pueda frenarlos sin sangre. Comprométase a eso. De lo contrario, lo mandamos de vuelta a Madrid y los frenamos nosotros. Pero el costo es un baño de sangre que por ahora queremos evitar.

¿Por qué creen ustedes que los de Kirchner y Cristina son dos gobiernos tan odiados por la derecha y por las clases altas? Con esos gobiernos, por primera vez desde 1955, regresó el peronismo que les molesta. Lo explico: cae Perón en 1955. Todo bien. Se aniquila a Lonardi, salida negociadora, y empieza la persecución gorila. Perón los había incomodado seriamente. No lo aguantaban un minuto más. Quieren borrarlo del mapa. No pueden. La desperonización es imposible. Aramburu, en 1970, propone la primera salida racional: respeto por la "soberanía popular". Integrar al peronismo al sistema democrático. Los Montos lo matan. Aparecía el efecto más indeseado de la proscripción gorila: "la fisonomía marxista del peronismo", una fisonomía de "tremenda agresividad". Santucho se sorprendería: "Marxistas o trotskistas o zurdos verdaderos somos nosotros". No, Santucho. El marxismo preocupa en serio cuando prende en las masas. Cuando gana "el corazón de las masas", como decía Marx, a quien tal vez leíste escasamente. Los Montos, pese al origen monaguillesco de su conducción, habían tenido la sagacidad de mezclarse con las masas. *Ahí se torna peligrosa una vanguardia.* Si no, no pasará jamás de ser un conjunto de locos, de aventureros aturdidos por la teoría del foco insurreccional, esa desgracia. Por eso los Montoneros, para Sánchez de Bustamante, que sabía lo que decía, sabía hacia dónde apuntar sus cañones y hacer fuego, "el marxismo", la fisonomía de "tremenda agresividad" que presentaba el peronismo era su ala izquierda. Perón pacta su regreso y viene a frenar lo que alentó. Las *Formaciones especiales.* ¿No fueron arcilla blanda en manos del viejo genial? ¿Cómo negar que alguna "genialidad del Viejo" los va a desarmar no bien aterrice en la patria? El "ala izquierda", en su expresión armada, eran los Montoneros, pero la Jotapé tenía una masividad y hasta un estado interno deliberativo de gran riqueza. Era temible. Eran demasiados. Eran todos los sectores medios estudiantiles (en Francia esos sectores habían hecho el Mayo del '68), los médicos, los psiquiatras, las comisiones internas de las fábricas que rehuían a la burocracia cegetista, los militantes de las villas. ¿Qué se puede decir? Dos millones y medio de personas fueron a Ezeiza a buscar a Perón. No eran todos Montoneros. Eran parte de esa globalidad que era la Jotapé, hegemonizada, sí, por Montoneros, pero autónoma y muy creativa en miles de aspectos. *Todo esto era marxismo puro para los militares. Subversión, alzamiento, situación pre-revolucionaria*. No podían permitirlo. Era tarea de Perón frenar esa marejada. Poner orden. No hay unidad nacional sin orden. Perón tenía que hacer la más excepcional de sus jugadas de Mago de la Historia: *Pasar del "al amigo todo, al enemigo ni justicia" al "para un argentino no hay nada mejor que otro argentino".* ¿Quién ha desatado semejantes fuerzas para llegar podrá frenarlas para mantenerse? "Perón", dice Jorge Antonio, testigo privilegiado si los hay, "estaba convencido de que los Montoneros le iban a responder siempre. Yo le aseguré que no, porque yo tenía mucho más contacto con los Montoneros que él" (Pigna, *Ibid*., p. 245). Jorge Antonio había comprado *Primera Plana* y se la dio a los Montoneros. Era una joda: de pronto, teníamos *Primera Plana,* la revista de los exquisitos de los sesenta. Hasta salimos los de *Envido* en una nota que nos hizo el luego desaparecido Leonardo Bettanín. Leonardo la tituló: "Los jóvenes lúcidos". ¡Para qué! Las cargadas fueron infinitas: "Che, José, yo creía que eras un tipo piola, no un joven lúcido". La cosa es que todos salían en *Primera Plana.* Guillermo Gutiérrez por *Antropología del Tercer Mundo.* Alcira Argumedo, que hablaba de los curas del Tercer Mundo y de Mugica y le pusieron como título irónico: "De curas y ricuras". La "ricura" era Alcira, que era muy bonita, en serio. Flaca inteligente de grandes ojos verdes. La cuestión es que Jorge Antonio los conoce bien a los Montos. En una tapa lo sacan a Martín Fierro con una metralleta cargada a la espalda, un símbolo un tanto directo. Algunos lectores de la vieja *Primera Plana* se horrorizaban: "Pero, ¡esto es una mierda facho peronista!". Facho no era. Era bien agresiva y marxista *Primera Plana.* Eso que preocupaba a los hombres de orden de la Argentina, según Sánchez de Bustamante. Sigue Jorge Antonio: "El tenía contactos, les daba directivas, pero ante él no se explayaban. Ante mí se explayaban con más claridad. Yo le advertí a Perón: 'Mire que esto es riesgoso. No les dé tantas alas en el país porque después usted va a tener un problema'. El me dijo: 'No, Jorge, quédese tranquilo que cuando lleguemos al país y lleguemos al poder, si los muchachos se ponen ariscos –fueron textuales palabras– yo voy a agarrar un vaso de agua, micrófono, *hablaré y se irán tranquilos a su casa*'. Le dije: 'Ahí se va a llevar la primera gran desilusión. Ahí se va a llevar usted el primer susto que le van a dar las juventudes actuales, y lo comprometo a que me lo recuerde'. Me dice: 'No. Quédese tranquilo que eso lo manejo muy bien'" (Pigna, *Ibid*., p. 245. *Cursivas nuestras*).

KIRCHNER: OTRA VEZ EL "PERONISMO INTOLERABLE"

En suma (y por el momento), Perón no puede organizar el país y muere en medio de un esfuerzo que ya era demasiado para él. Ahora se trata de lo principal: frenar el "foco marxista de tremenda agresividad". Lo intenta Lopecito con la Triple A. Pero es ineficaz, desordenado. Los militares esperan. Dejan que todo se pudra, se caiga a pedazos. Contribuyen al caos. Y dan el golpe. Se acabó el peronismo. Perón está muerto. El foco marxista es aniquilado con una celeridad humillante. Los meten y los masacran en los campos de concentración. *La Argentina ha solucionado el problema que arrastraba desde 1955.* Recién se resuelve en 1976 con una masacre que se lleva treinta mil vidas. Luego viene la democracia y el peronismo pierde en las urnas por primera vez. No hay problema. Gobierna Alfonsín. Cuando se hartan de él le hacen un golpe de mercado y... ¡le entregan el gobierno a un peronista! Que el Poder en la Argentina haga esto es impensable. Pero no: el Poder se lo ceden a Carlos Menem, quien, con la complicidad del justicialismo, lleva a cabo el programa del establishment. El neoliberalismo arrasa con la Argentina peronista. Se desmontan las nacionalizaciones del Estado keynesiano. Se aniquila el Estado de Bienestar que constituyó la identidad del pueblo peronista (algo cuya importancia veremos en detalle). Menem se convierte en un hombre del establishment, del Poder. Es uno de ellos. Al establishment ya no le importan los malos modales, las tosquedades de quienes le sirven. Al muñeco le permiten todo. Hasta que lo ponga a Rosas en los billetes de veinte pesos. Luego De la Rúa. Luego la transición de Duhalde. Y luego... la desagradable sorpresa. El peronismo retorna. Néstor Kirchner, para colmo, no sólo recupera el rol del Estado, los toques keynesianos, el intento de redistribución del ingreso, sino que incorpora a su gobierno a muchos de los que formaban, en el pasado, el "foco maléfico", el "eje marxista del mal". Con Kirchner el peronismo vuelve a ser intolerable. De aquí tanto odio. Las divisiones. Las peleas. Caramba, ¡después del Perón del '45-'55 no hubo un gobierno más podridamente peronista que éste! ¡Abran fuego como en los viejos tiempos! Creíamos tenerlo dominado al peronismo. Y éstos se atreven a cualquier cosa. Nos juzgan a los militares del Proceso, que hicieron su tarea de un modo desprolijo, pero la hicieron. Había que hacerla. ¡Hasta Perón, de haber vivido, la habría hecho! (Mentira: Perón estaba muy lejos de Videla. No era un asesino. Bajo su gobierno murió Ingalinella en manos de la policía de Rosario. Hubo torturas, pero muchas menos que en la Libertadora y en el *Conintes* de Frondizi. Nada justifica nada. Ni una simple tortura. Pero el gobierno que menos muertos tiene es el de Perón. ¿Qué habría hecho para frenar a las formaciones especiales? Algo se vio y no fue precisamente agradable. Alzó contra ellas a una canalla delictiva. Pero estaba sorprendido. Como sea, sobre este tema sólo conjeturas se pueden hacer. Nada podría convencerme –de todos modos– de que Perón habría sido capaz ni del 2% de las atrocidades del Proceso. Acaso su muerte se deba a que veía que esa tarea –la de la represión intensiva de las formaciones especiales– le sería inevitable y se sintió sin fuerzas ni convicciones para hacerla. Es una suposición, sólo eso. Pero agradecería su cuidadoso tratamiento. Perón podía gritar y amenazar con fuerza. No era un asesino. Videla, Massera, Bussi, Saint-Jean, Vilas eran matarifes. Y los sectores civiles que los apañaron y... Mejor, por ahora, nos detenemos aquí. No tenemos espacio para analizar problemas como el de la culpa colectiva. Si llegamos, sería deseable, a la dictadura procesista, lo haremos.)

Dijimos, de Perón, "estaba sorprendido". Analicemos esta sorpresa. ¿Qué le pasó al "Viejo Genial" cuando aterrizó en la patria? Se acabaron las "genialidades". La cantidad de torpezas que cometió fue considerable. Cierto es que tenía que frenar lo irrefrenable. Lo que él había lanzado al frente de guerra con furia incontenible. ¿Qué creía el Viejo? ¿Que hablaría y se le someterían? Cuánto Ego, general. Qué costo tan alto el de ese Ego. Qué mala, inexacta versión de la realidad le entregó. Usted no estaba bien. En febrero de 1973 lo operan de próstata. Durante la operación tiene un infarto. Al poco tiempo, en Madrid, lo visita Juan Manuel Abal Medina, secretario del Movimiento Nacional Justicialista, que usted puso con buen tino y mucho agrado. Veintisiete años tenía Juan Abal. Se sienta frente a usted, que está reponiéndose. "¿Cómo está, general?" "Bien, doctor. ¿Qué novedades me trae?" Abal Medina es un personaje querido por la JP. Es el hermano de Fernando. Que él esté donde está, como secretario del Movimiento, es una garantía. Tal vez debió sacarle el paraguas a Rucci durante el primer regreso de Perón, allá, en Ezeiza, cuando el líder bajó del avión. ¿Qué derecho tenía Rucci, que no había hecho casi nada para traerlo a Perón, de cubrirlo ahora, protegiéndolo, con ese paraguas, que era, súbitamente, un símbolo poderoso? Juan Manuel debió haber hecho eso. Pero Rucci estaba agrandado. Ya Perón le había dicho: "Me voy a respaldar en ustedes. En el sindicalismo organizado". Pero a Juan Manuel se lo quería. La JP, en sus marchas, cantaba una consigna fuerte y clara: "Abal Medina/ el nombre de tu hermano/ es fusil en la Argentina". Ahora, Juan Abal, está frente a Perón, que acaba de preguntarle "¿Qué novedades me trae?" El joven Juan Manuel empieza a hablar. Se concentra en lo que dice. De pronto, lo mira Perón. El Viejo se ha quedado dormido. ¿Así, general, quería usted frenar a la izquierda peronista? ¿En ese estado de salud? Cossio y Taiana se lo dijeron: "Si no vuelve a la Argentina podrá vivir dos años. Si vuelve, seis meses". Así ocurrió.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

"Vuelve Perón, Flaco"